

# ¿Qué ha pasado aquí?

Este era mi segundo viaje en solo unos meses. Habían pasado veinte años desde mi partida, y mi primer viaje había sido como un relámpago. Regresaba a mi país porque quería volver a ver mi ciudad natal de donde había salido siendo un niño de 13 años. Quería caminar por sus calles, sentir sus olores pero sobre todo de nuevo ver a mi familia y a mis amigos.

Planeaba quedarme una semana. Era mi segundo día, y estaba parado frente a una agencia de viajes, donde pensaba alquilar un automóvil a fin de aprovechar más el tiempo y volver a visitar aquellos lugares que no había visto en tantos años.

Estaba con mi mejor amigo esperando que nos atendieran y conversábamos sobre algunos momentos de nuestra niñez en ese parque, que para mi había sido tan especial. Parecía ser el principio de una semana muy emocionante con la que había soñado por mucho tiempo.

Era un sábado por la tarde y en el parque estaban celebrando una feria local del libro. Había algunas personas paseando y otras que conversaban, sentados en las mismas sillas que yo recordaba de mi niñez. Al principio me sorprendió ver un festival del libro con tan poca concurrencia, pero pronto entendí la razón, pues había no más que unas pocas mesas con muy poca variedad y los libros se veían muy viejos y maltratados.

Después de estar allí solo unos minutos con mi amigo pude notar que alrededor del parque había muchos policías y pensé que quizá estaban allí para proteger a los asistentes al festival, algo que no entendía por la poca gente que había. Sin embargo, unos minutos después me enteré de que ese mismo día, muy cerca de allí, hubo por primera vez en casi medio siglo una manifestación contra el gobierno y habían arrestado a varias personas. De manera sorprendente esa noticia que solo había ocurrido a unas cuantas calles de donde estábamos provenía de alguien que vivía en Suecia. Esa persona había recibido la información a través de una persona en mi pueblo que había logrado grabar los hechos con la cámara de su teléfono celular. Seguíamos allí cuando de pronto mi amigo vio a una muchacha que iba pasando muy cerca, y me preguntó si yo la conocía. Para mi sorpresa, casi de inmediato la reconocí y vi que era una de dos primas paternas que todavía me quedaban allí y a quien yo había intentado encontrar en mi primer viaje. Su abuelo y el mío eran primos y habían emigrado de España juntos. Nosotros habíamos compartido muchos momentos durante nuestra niñez.

Mi amigo la llamó, y de inmediato ella se detuvo frente a nosotros. Él le preguntó

que si sabía quién yo era, y ella un poco sorprendida le respondió que no.

Durante unos segundos sus ojos recorrieron mi rostro y enseguida pude notar que en realidad ella no sabía quién yo era. Sin embargo, para mí ella tenía las mismas facciones que yo aun recordaba y su estatura era más o menos la misma; aunque no parecía tener la expresión alegre que yo todavía guardaba en mi memoria.

Yo le dije que éramos primos. Y mirándole a los ojos le volví a preguntarle si ahora sabía quién yo era e intentando no dilatar mucho más las cosas, le dije mi nombre e intenté recordarle que jugábamos mucho cuando éramos niños. Entonces por fin mis palabras lograron que ella me reconociera, pero quedó muy sorprendida y por completo cambió de expresión.

Entonces con un gesto que oscilaba entre el terror y la indiferencia, y que yo nunca pude descifrar, me dijo que por fin sabía quién yo era, y sin pronunciar ninguna otra palabra comenzó a alejarse rápidamente de nosotros. Tan sorprendido como yo y sin saber que decir, mi amigo intentó alentarme y me dijo: “No te sientas mal.” Yo le respondí: “¿Por qué voy a sentirme mal si yo hace veinte años que no veo a esta persona?” Y entonces él me dio una noticia: “Ella está casada con el jefe de la policía local, y quizás no quiere que la vean saludando a una persona que viene de Estados Unidos, aunque sea un familiar. Esto quizá pudiera traerle graves consecuencias, tanto a ella como a su familia.

Entendí la explicación pero aun así no quería aceptar aquella lógica. Su comportamiento me desconcertó y provocó sentimientos de confusión. Yo no esperaba esa reacción y me hubiera gustado darle aunque fuera un abrazo.

Envuelto en una profunda tristeza solamente podía pensar en todos aquellos compatriotas que probablemente ya habían pasado por momentos tan amargos como ese, algo que para mí era muy nuevo. El miedo y los interrogantes se apoderaron de mí hasta que unas horas más tarde recibí una alegría. Un amigo se me acercó y me dijo que alguien quería verme, pero que sólo podíamos pasar por su casa ya de noche. Esta persona había sido una amistad con quien compartía muchos recuerdos. Su padre había sido un general del ejército rebelde y su madre la encargada de la vigilancia en nuestro barrio.

Esa noche, ya alrededor de las nueve, estábamos en la acera frente a una casa colonial y las calles estaban muy oscuras por los típicos apagones, cuando de repente vimos una mano que nos hacía señas desde una ventana. Cruzamos la calle, entramos en una casa y rápidamente cerraron la puerta.

Frente a mí vi a un hombre alto y de tez muy blanca a quien nunca hubiera reconocido y que con lágrimas en los ojos se acercó a mí, me abrazó y me dijo: “¡Como te hemos echado de menos hermano!” Nuestra conexión fue instantánea. Otra vez era como si el tiempo nunca hubiera pasado, él todavía recordaba detalles de los últimos días antes de mi partida, que para mí ya eran casi un sueño, y sin anunciarlo sacó una botella de ron, y los tres amigos bebimos reafirmando nuestra entrañable amistad e intentando matar las penas hasta que uno de ellos dijo: “Señores, ya estamos muy viejos para estar llorando”.

Emocionados y con lágrimas en las mejillas, intercambiamos varios recuerdos. Él me presentó a su esposa y a su hijo y les dijo que yo era un gran amigo de la niñez y yo le mostré algunas fotos de la mía. Ya cuando me iba él me pidió que volviera al día siguiente. Teníamos mucho más que compartir. Sin embargo, yo sabía que no sería posible y que mi viaje había llegado a su fin.

José Manuel García

Esa misma noche cuando preparaba las maletas en mi hotel sentí una profunda soledad, volví a llorar, y me pregunté, “¿qué ha pasado aquí?”

**José Manuel García**  
*Florida Southern College*

### **Comentario**

José Manuel García nos invita en cuatro momentos a vivir la experiencia del idealizado regreso a la casa de nuestra infancia, con los compañeros de escuela y la prima más cercana, aquellos que viven con la alegría de la inocencia en nuestra memoria, a la ciudad con sus calles, festivales y jardines que no conocen el paso del tiempo que transcurre afuera, al país con el que nos identificamos por haber nacido dentro de su zona geográfica pero el cual llevamos auestas. García al mismo tiempo nos enfrenta a debatirnos entre la realidad y el ideal porque las personas y el lugar que dejamos viven, una realidad diferente donde uno no encaja más. El resultado es la ruptura de la memoria idealizada que todo aquel que migra vive al experimentar el tan ansiado regreso sólo para concluir que aquello que se suponía no cambiaba, ha cambiado y, por ende, la partida duele aún más.

**Claudia Cruz Armenta**  
*The University of Arizona*